

SOBRE EL ARTE FUERA DEL ESCENARIO

2020-02-01

(Traducción)



Kultura

MADDI SARASUA

“Estas producciones artísticas se encuentran en contraposición a la cultura hegemónica, tanto en el contenido como en la forma. Se llevan a cabo en euskera, posicionándose en contra de los que tienen el poder, y siempre con una dosis considerable de crítica social. Pero lo más interesante es que se organizan fuera de las formas organizativas del poder burgués, o por lo menos, fuera de los aspectos administrativos y mercantiles que tiene sobre el arte”

Este texto pretende ofrecer un contrapunto al artículo que escribí el mes pasado. Me vienen a la mente muchas preguntas sobre la figura del artista, pero en vez de hablar sobre el contenido de la creación artística, me centraré en la forma. Quisiera reflexionar sobre la profesionalización del arte, y hablar sobre el arte que se encuentra fuera de los escenarios.

En Itsasu el mes de febrero es maravilloso. Nuestro grupo de amigos vive con ansia el final del mes de enero, ya que llega la época para disfrutar de la producción del arte, para vivirla, ya que llegan los «Kaskarotak». Un grupo de jóvenes del pueblo iremos de caserío en caserío, de barrio en barrio. Durante tres fines de semana cantaremos, bailaremos sin parar, improvisaremos versos sin poder callarnos, incitando y enredando a todo el mundo. Ya hemos empezado a escribir el teatro que representaremos en la plaza, y pronto llegará el momento de ensayarlo en grupo, siempre entre risas.

Los carnavales son momentos para disfrutar, para crear y para compartir, todo con la gente del pueblo. En carnavales no existen escenarios; llenaremos las puertas, las salas de estar, las plazas y las calles de versos, de canciones cantadas a varias voces, de música, de danza y de teatro. La invitación a participar en la producción cultural llegará hasta la cocina de cada casa, y si no es a bailar, las familias comenzarán a cantar, o a contar historias a los jóvenes, fuente de ideas para versos.

En el último artículo que publiqué lancé la pregunta sobre la educación artística, y creo que yo ya tengo respuesta. La educación artística es algo que he conocido en mi pueblo: en los viajes de coche con mi padre cantando *bertsos* y noches en familia de guitarra. Que si uno se inventaba la melodía, que si otro le ponía letra, y de repente ya teníamos una canción nueva. En navidades, nos regalábamos regalos hechos o escritos a mano, por ejemplo.

Puede que mi familia sea un poco especial, pero, ¿en qué disciernen o se diferencian los artistas? ¿Cómo hemos pasado de esa creatividad en las comidas entre amigos, mientras se trabajaba, en los bares, al lado de la chimenea... o dicho de otra manera, de tener integrada la creación artística en el día a día de todos nosotros, a verlo como algo que solo algunas personas concretas realizan bajo la luz de los focos o encima de un escenario?

Y creemos que eso es lo que nuestra creación artística necesita para perdurar: los escenarios. Subvenciones para organizar sesiones de *bertsos*, concursos de literatura, festivales, exposiciones... dinero y escena para unos pocos.

Pero no es acaso ese día a día en comunidad la tierra mas fértil para cultivar la

creatividad artística? Aunque la planta que nace en el asfalto pueda brillar, la más hermosa siempre estará en aquella huerta cuidada en colectivo. Las capacidades necesarias para la creación artística se adquieren de forma natural en los entornos donde ese fenómeno es algo cotidiano.

He leído esta frase en la web de la EKE (Asociación de Cultura Vasca) de Iparralde: «la cultura vasca es una vivencia cultural compartida por hombres y mujeres que hacen vivir una realidad artística mucho más que el consumo que hacen de ella: ante todo, es una cultura participativa, popular». ¿Cuándo y dónde es o ha sido esto así? No obstante, es significativo que, por lo menos en Iparralde, relacionen la «cultura vasca» con dicha forma.

Está claro que, para entender el cambio que ha sufrido la creación artística en lo referido a la forma, hay que tener en cuenta el estilo de vida de la sociedad precapitalista y la lógica del sistema capitalista. A fin de cuentas, no hay duda de que en una organización más comunitaria de la sociedad, la creación colectiva tiene el lugar que ocupa es mayor que en aquella regida por el trabajo asalariado y pisos pequeños llenos de pantallas. Un motivo podría ser que llevamos una vida mucho más individual; el otro, que nuestra sociedad se basa en vender y consumir fuerza de trabajo. En general, vivimos el arte como un producto de consumo, pues ya no se entiende como algo que se crea y se disfruta en el trato con los demás.

Al igual que cuando escribí el texto sobre las «Kabalkadas», me viene la misma pregunta a la cabeza: ¿cómo es que esta forma de vivir la creación artística ha perdurado en el seno del sistema capitalista? Creo que no hay que buscar la respuesta en el hecho de perdurar, sino en la capacidad de resurgir y recrearse. Incluso aquí, estas producciones culturales se fueron perdiendo poco a poco. Por ejemplo, con la modernización, se puede ver un claro parón en las décadas de los 60 y los 70. En aquella época, cambió el estilo de vida y este tipo de producciones culturales desaparecieron en la mayoría de los pueblos. Fue entonces cuando en Itsasu desaparecieron los «Kaskarotak», pero, como en muchos otros lugares, se ha intentado y se ha conseguido recuperarlos. Creo que podríamos afirmar que este proceso de recuperación se ha llevado a cabo en relación con la idea de revivir el euskera y el nacionalismo vasco, e incluso hoy, en cierta medida, podríamos decir que lo que motiva a los más implicados viene de ahí.

Estas producciones artísticas se encuentran en contraposición a la cultura hegemónica, tanto en el contenido como en la forma. Se llevan a cabo en euskera, posicionándose en contra de los que tienen el poder, y siempre con una dosis considerable de crítica social. Pero lo más interesante es que se organizan fuera de las formas organizativas del poder burgués, o por lo menos, fuera de los aspectos administrativos y mercantiles que tiene sobre el arte. No necesitan de infraestructuras complejas, pues parten de la iniciativa y la motivación. Tienen como cimiento el trabajo voluntario que se lleva a cabo en conjunto; el compromiso. Todavía me sorprende que los jóvenes de mi alrededor, viendo el poco compromiso que tienen hacia movimientos políticos, muestren tanta disciplina para sacar adelante algunas producciones artísticas.

¿No eran justamente el aporte a lo colectivo, el compromiso y la disciplina los valores que situábamos en la base de la cultura que queríamos construir? Echándole un ojo a las preguntas del final del pasado artículo, creo que las funciones políticas, sociales y estéticas que el arte podría satisfacer toman otra dimensión pensando el arte de esta forma. Me parece que puede servir para alimentar la sensibilidad artística de la sociedad, al igual que para reflexionar

sobre los medios dirigidos a la creación artística del proletariado.

Al fin y al cabo, no soñamos solo con aquella creación artística que difundirá nuestros mensajes desde el escenario, pues no se trata solo del contenido, ya que gran parte de la importancia reside en la forma de crearlo y de compartirlo. Cambiar la forma, transforma inevitablemente el contenido.

Por otra parte, no queremos plantar un *folklore* que tenga sus raíces por afuera. Sabemos de sobra que la construcción de otra organización social será lo que hará florecer otro tipo de creaciones artísticas. ¿Será posible, construyendo una base adecuada, poder volver a enraizar algunos de los hábitos de vida de nuestros antepasados?